
CAPÍTULO XXX.

Roma pagana. — Roma subterránea. — Roma cristiana. — Imperio de la Iglesia. — Su dominación espiritual. — Su propaganda. — El Vaticano. — El Papa.

Dejaba atrás Sena y Viterbo con sus soberbias catedrales, atravesaba campiñas fértiles, miraba mil pequeños pueblos y me acercaba á la ciudad eterna. No tardé en divisar la famosa cúpula de San Pedro, la mas elevada del universo, la mas célebre del cristianismo y la obra por excelencia de Miguel Ángel; poco despues estaba en Roma y veía por mí mismo la obra de todas las edades, el conjunto de los monumentos de todos los siglos, la corte de los Césares que dominaron al mundo por la fuerza, y despues la residencia de los Papas que gobiernan las conciencias por la fe.

Roma pagana despliega una grandeza que admira los sentidos; pero miéntras tanto sus monumentos no tienen vida para el alma, ni hablan al corazon el idioma sublime de la virtud y de la inmortalidad. Recorredlos todos, y ni uno hallaréis que no esté manchado con los tiznes de la avaricia, de la crueldad y disolucion. Entrad en el anfiteatro Flavio, cuyas proporciones asombran al viajero que considera á ochenta mil personas reunidas en su recinto para divertirse en el espectáculo que ofrecian los juegos de los gladiadores y los combates sangrientos de las bestias feroces. ¡Ved ahí un placer que apenas se comprende! Un esclavo luchando con leones, un confesor de Cristo devorado por la pantera, un hombre que agoniza tendido en la arena, y los miembros de

de ser sorprendidos por sus enemigos. En efecto, ellos construyeron pueblos enteros cuyas calles, ya rectas ó ya tortuosas, serpenteando unas veces y atravesando otras, se cortan y se enlazan hasta lo infinito. Los sepulcros de las catacumbas en nada se parecen á los que vemos en los cementerios; á un lado y otro de los oscuros y estrechos callejones se ven como nichos horizontales colocados en orden unos sobre otros, en cinco y aun seis diferentes hileras. Cada uno de los nichos guardó un cadáver y algunas veces muchos; cuando un nicho recibía un cuerpo era cerrado cuidadosamente, unas veces con mármoles, y otras con cal preparada de manera que el trascurso de muchos siglos ningun deterioro le ha causado. El nombre del mártir se escribía á veces sobre la tumba, y los instrumentos de su martirio se grababan sobre las piedras para memoria. Cuando un callejón estaba lleno, cerraban su entrada con tanto cuidado como el labrador rico tapia las puertas de los graneros que guardan el fruto de sus largas fatigas. Nuevas calles se abrían entónces, y como el número de mártires era prodigioso, el número de estas también lo era; y las catacumbas fueron formando esa inmensa Roma subterránea, hija del valor de los primitivos fieles y de su constancia para conservar la fe. Como retirados estos en las catacumbas necesitaban proporcionarse arbitrios para practicar su religion, encontramos en medio de las calles subterráneas y en el fondo de las hileras de sepulcros los templos en que celebraban los presbíteros la misa, recibían los fieles la comunión, predicaban los obispos, y confesaban sus pecados los arrepentidos. Los de mayor proporción recibieron el nombre de criptas, y los mas pequeños el de cubículos. Aquellos pertenecían á todos los cristianos indistintamente, pero estos á familias particulares que los fabricaban á sus expensas. Algunas veces se encuentran muchos cubículos reunidos en rededor de una cripta, del mismo modo que vemos hoy las capillas comunicándose con las naves de una grande iglesia,

y esta circunstancia hizo decir al escritor mas competente sobre esta materia en los tiempos modernos: « Que cada cubículo era una parte y la cripta el todo » de aquellos templos subterráneos (1). La forma de estos no es siempre la misma; los hay rotundos y triangulares, y los hay octógonos y cuadrados. El altar para el sacrificio, cuya víctima consolaba y robustecía á aquellos cristianos perseguidos, ocupa siempre el primer lugar. ¡Pero qué altares tan sencillos y tan venerables al mismo tiempo! La tumba de un mártir sirve de fundamento; una losa de mármol ó una construcción de piedras y cal elevada sobre este era la mesa, y algun arco formado en el muro, en cuyo hueco se ven pintadas ya la imágen del Salvador, ya la de María, ya de los santos del antiguo Testamento, son todo su adorno. En algunas criptas vemos el coro para el clero tras del altar, en casi todas la silla del pontífice á la derecha de este fabricada de piedra, y en algunas el sitio destinado para la confesión auricular, que ya se administraba en las catacumbas con la solemnidad que hasta hoy prescribe la Iglesia Romana. Á la entrada del templo se ve el lugar donde conservaban el agua bendita, y en rededor al altar una especie de grada para protegerlo de las piadosas invasiones de la muchedumbre.

Quando visitaba las catacumbas de Santa Ines, San Calixto y San Pretextado, la idea de su antigüedad, de sus gloriosos recuerdos y tiernas escenas, la vista de sus infinitas tumbas y los sagrados huesos de millares de mártires que encierran estas, inspiraban en mi alma sentimientos profundos de amor y respeto á los generosos atletas cuyos despojos allí descansan. Pisaba el primer territorio que ganó el cristianismo en la capital de los Césares, pisaba esa tierra regada con sangre de cien mil mártires despedazados en el Coliseo, de cien mil mas degollados por los verdugos y de cien mil otros muertos en catastas, enclavados en cruces, arrastrados

(1) R. P. Marchi.

por las calles y azotados en las plazas. Me parecía ver salir de las tumbas una virtud misteriosa, y que el aire que respiraba contenía un germen de vida que se derramaba en mi alma. A la luz de una antorcha veía por mí mismo las reliquias de los mártires, y lejos de horrorizarme los huesos descarnados, las coyunturas deshechas y esa disolución total del cuerpo humano que en otros casos asusta, los contemplaba envidiando su suerte... Esos despojos, decía mi alma, resucitarán un día, el polvo que piso volverá á vivir, todos estos cuerpos se levantarán, resplandores del cielo ornarán sus sienes, y gloria inmortal les ha de vestir en la eternidad. Quien tenga corazon y fe no puede visitar sin conmoverse las catacumbas, y quien las examine cuidadosamente con deseo de estudiar el cristianismo desde su principio, en ellas no solo conocerá hasta dónde inspira resoluciones heroicas el Evangelio, sino que tambien verá con asombro que los misterios, las tradiciones y los usos que practica hoy el catolicismo son los mismos que practicaban los fieles primitivos escondidos en el seno de la tierra.

La semilla del Evangelio, fecundizada con sangre de mártires, era el elemento que destinaba el Cielo para operar la trasformacion de Roma; esos cristianos que vivian escondidos en los subterráneos y entre los sepulcros, salen para ocupar los templos y los palacios, las calles y las plazas y hasta el mismo Capitolio de Roma. La cruz, oculta hasta entónces en las catacumbas, se levanta sobre el Panteon y la Minerva, y la imágen del Salvador de los hombres se expone á la adoracion del pueblo romano en frente del palacio de sus emperadores, y no lejos del Coliseo que recibió la sangre de los mártires: las catacumbas dieron el elemento regenerador, y Roma pagana se hizo cristiana.

Observando la multitud de templos que habia erigido en Roma el paganismo, se comprende bien la fuerza con que sus ideas estuvieron arraigadas en el pueblo y cuán fuerte debió ser el sacudimiento que operó aquel maravilloso cam-

bio. Las consecuencias de este son bien perceptibles; Roma sin el cristianismo habria tocado su fin como todos los pueblos de su tiempo, cuyas ruinas en Oriente y Occidente apenas se perciben: las fábricas cristianas han sucedido á las paganas, y la fe ha sostenido todos los edificios de la antigua Roma que conocemos, y son los mejor conservados de cuantos erigió el paganismo durante su larga dominacion sobre la tierra. Mas esa grandeza de Roma pagana que algunos echan ménos pasó, no dejando otras huellas que las bien manchadas que hoy se distinguen; no así el cristianismo, que despues de limpiar los vestigios impuros de la idolatría, hace aparecer el suelo de Roma cubierto de edificios que encierran elementos de vida y de salvacion para el género humano. Mirad esos templos, todos magníficos, donde día por día se da culto á Dios; mirad tantos institutos para socorrer al hombre apenas aparece sobre la tierra; el rico y el pobre, el noble y el huérfano encuentran casas abiertas que les reciben para educarles y hacerles útiles á la sociedad; entrad en sus colegios, donde junto con la ciencia se inspira la virtud, y los hombres sabios dan á su doctrina nuevo realce con sus ejemplos; visitad las universidades, esa *Sapientia* tan distinguida y á la que respetaron Oxford y la Sorbona en los dias de su mayor esplendor. Encontraréis en la Propaganda sabios que hablan los idiomas de todas las naciones, en los liceos profesores de todas las ciencias y en las academias hábiles maestros de las bellas artes. Contad el número de sus hospicios, asilos, hospitales, casas de caridad y de cuantas instituciones de beneficencia nacieron hasta hoy, y encontraréis que su número excede al de todos los otros países (1). Desde el hospicio de Santa Galla, el mas antiguo del mundo, hasta el que establecieron las *Hermanas de los pobres* en 1854, no cesan de abrirse continuamente otros; pudiendo decirse con

(1) Para conocer la verdad de esta proposicion, veáse la obra *Degl' istituti in Roma.* (Morichini. 1842.)

otros esparcidos acá y allá : ¡oh qué espectáculo tan monstruoso ! ; Él sin embargo regocijaba á ochenta mil hombres agolpados en el Coliseo ! El cristianismo proveía de víctimas que inmolar á la ferocidad de las bestias , y al placer de un pueblo mas feroz todavía que estas mismas. La historia del siglo segundo de la Iglesia nos representa una de esas luchas á que eran condenados los mártires de Jesucristo para divertir al pueblo romano. Un anciano venerable fué conducido desde Antioquía hasta Roma atado con cadenas y rodeado de guardias mas crueles que leopardos y mas sanguinarios que hienas. « El delito que para ellos tengo es mi fe, escribia en medio de sus padecimientos... ; Ojalá lleguen presto las bestias con que me amenazan !... Si no quisiesen venir , yo las obligaré. » Guardado en la prision , ántes del suplicio , oyendo el rugido de los leones con quienes habia de luchar : « Soy grano , exclama , destinado para ofrecerse á Cristo , y molido por los dientes de las bestias seré encontrado digno de ser presentado en el altar. » La multitud de espectadores queda atónita cuando ve á Ignacio octogenario esperando á los leones sentado sobre la arena , pero mas aun cuando diviéndolos hinca sus rodillas , pone su alma en manos de Dios y recibe tranquilo las heridas mortales de las bestias hambrientas que le despedazan. ; Ved ahí el espectáculo de placer ! En él hay algo grande y sublime , verdad es ; pero no lo que halagaba á un pueblo brutal , sino la fortaleza de ese anciano que entra en la arena inundado de gozo , espera las bestias sin perturbarse y recibe sus golpes no lanzando un grito de dolor siquiera.

Quien haya visitado la Rotunda del Monte Celio consagrada en templo de San Estéban , habrá observado recuerdos de otras escenas pasadas en el anfiteatro semejantes á las de san Ignacio , y habrá visto tambien los lugares en que eran cebadas las bestias que habian de devorar á los mártires de Jesucristo. Los caminos subterráneos por donde pasaban las fieras se conservan todavía , y el conjunto que forman aque-

llos recuerdos y estos vestigios elevan el pensamiento hasta aquellos siglos en que el Coliseo era testigo de escenas tan horribles. ; Mas qué es hoy este lugar entónces de placer ? Vastas ruinas conservadas cuidadosamente , para que sirvan de monumento al triunfo que obtuvieron esos mismos que morian en su recinto devorados por las fieras. El nombre de su autor apénas se recuerda : huesos de tigres , osos y elefantes han sido encontrados en él alguna vez haciendo excavaciones ; pero de sus fundadores ni el polvo subsiste , miéntras que las reliquias de los mártires que contribuyeron muriendo á la diversion de los concurrentes , reciben culto en los templos de esa misma Roma que les expuso á la ignominia pública y les hizo morir del modo mas cruel para regocijar á la muchedumbre. ; Y cuál de los monumentos de Roma pagana no conserva estampados rastros mas ó ménos sombríos dejados por un pueblo que hasta en sus vicios fué grande ? Ellos representan las glorias y el esplendor , la magnificencia y cultura del pueblo Romano , grande , generoso é invencible ; pero tambien nos recuerdan los hechos mas repugnantes para la razon y la moral.

Mas esta Roma guardó en su seno durante tres siglos los elementos de su regeneracion. Esas calles profundas que atravesamos , cuyo cielo son las bóvedas , los sepulcros sus casas y los cadáveres sus habitantes , esas ciudades oscuras donde el corazon se siente oprimido , y los ojos no ven luz , ocultaban la semilla de vida y de regeneracion que habia de cambiar las costumbres de Roma variando su fe. ; Las catacumbas ! ved ahí el nombre de los pueblos subterráneos donde se encerraban los confesores de Cristo para profesar su fe viviendo entre los muertos á trueque de evitar las persecuciones de los vivos. Los paganos hicieron en Roma grandes excavaciones que llamaron *Arenarios* ; pero no son estos las catacumbas , no fueron los mártires á buscar asilo en las obras paganas , sino que ellos mismos labraron sus cavernas para esconderse y celebrar sus misterios sin temor